

Torrejas

Estoy convencido de que nací siendo adulto. El hecho de haber sido hijo único durante cinco años puso en mí tantas expectativas que me hicieron comportarme como un mayor desde que era muy chiquito. Los sesenta fueron una época violenta, tortuosa, llena de golpes militares que sumados a la educación cristiana sobre la que mis padres estaban convencidos que sería lo mejor para mí, me marcaron para que sea responsable, educado y para nada travieso, un niño grande, un ser maduro en el cuerpito de un chico, ese era el molde y por todo eso quizás, si me preguntan qué es lo que más tengo presente sobre en mi niñez contesto “las torrejas”. No recuerdo golosinas, ni juguetes, ni partidos de fútbol, ni encuentros de boxeo, no recuerdo películas, ni payasos, ni magos, tengo solo unas pocas fotos de esos años que pudieran hacerme pensar distinto... ¡pero no!. Por eso insisto que las torrejas son, con total seguridad, la comida o alimento que marcó mi infancia de una manera feliz.

“Torrejas, si no las comes... las dejas” decía mi abuelo Rosendo cada mañana cuando desayunábamos en su casa de San Antonio de Padua. El programa de ir cada semana desde el viernes por la tarde con vuelta a nuestro departamento de Villa Luro los domingos era mi alegría absoluta. Eran dos noches de vacaciones, de dormir en otra cama, de que me dieran todos los gustos y de poder estar con el abuelo más amado. Por esos años mis cuatro abuelos, dos italianos y dos españoles, se disputaban mi atención y mi cariño, pero el abuelo Rosendo era el que se ganaba todos los trofeos. Él era quien se levantaba temprano para hacernos el desayuno con esas torrejas que preparaba con tanta dedicación para verme feliz y cuando mi hermanito dejó la lactancia, también a él. Él era de Asturias, y según me contaba mi abuela había sido maestro, ella era de Castilla la Vieja y se habían conocido en un pueblo llamado León donde las torrejas son un manjar. El abuelo Rosendo

era un buen contador de historias, me contaba de su primer trabajo en la mina y como se había esforzado estudiando de noche para progresar en la vida.

El abuelo me hacía batir los huevos, mientras él cortaba el pan duro de ayer en rebanadas prolijas de un centímetro cada una, no quería que yo usara el cuchillo por miedo a que me cortara. Mientras, la abuela Elvira embadurnaba en un plato hondo lleno de leche las rodajas. El abuelo estaba feliz y yo también.

El cantaba a media lengua una copla mitad en asturiano y mitad en castellano, yo aún recuerdo una estrofa. “Millones de puños gritan su cólera por los aires, millones de corazones golpean contra tus cárceles” y los ojos del abuelo se ponían vidriosos mientras mi abuela simulaba unas castañuelas y bailaba pegando saltitos en puntitas de pie para alegrar la mañana. Disimuladamente secaba sus ojos con el repasador. Con los años pude entender la letra, el franquismo había hecho estragos por doquier y tal vez esa fue la razón por la que nací argentino y no gallego.

Luego, el abuelo Rosendo pasaba el pan mojado por los huevos que yo había batido con esmero y los ponía en el aceite caliente. Me decía que me corriera, que me podía salpicar. El color de la torreja que se iba oscureciendo me fascinaba, a mí me gustaba que se quedaran oscuritas y que luego le espolvorearan azúcar o le chorrearan miel si la abuela había encontrado un frasco de oferta en la feria.

Siempre terminaba quemándome la boca, no podía esperar a que se enfriaran. No había vez que mamá no pusiera el grito en el cielo porque no me conformaba con una sola torreja, decía que me iban a hacer mal, que eran muy pesadas, que me iban a patear el hígado, pero el abuelo aseguraba que nada que se hiciera con amor podía hacernos mal, por eso a pesar de las insistentes protestas de mi madre, nunca dejaba de comer esas dos exquisitas torrejas.

El abuelo Rosendo, si bien era la persona más buena que conocí en mi vida, no era un santo, a veces también se cabreaba, principalmente cuando papá quería volver temprano los domingos por el tránsito de la avenida Gaona. “¡Coño, ya se van!” era su frase de cabecera. Yo no sabía que era coño, pero entendía que no era algo bueno. Al rato me quedaba viéndolo a través de la luneta del auto despedirse con sus brazos en alto como dos aspas de molino con la única ilusión de saber que al viernes siguiente estaríamos volviendo a visitarlos y obviamente volveríamos a desayunar esas deliciosas torrijas con té con leche.

Al abuelo no lo disfruté lo suficiente, recuerdo perfectamente la tarde que me avisaron que se había marchado para siempre. Me encerré en el baño y no podía dejar de llorar frente al espejo. La ilusión de volverlo a ver se había esfumado y si bien entendía lo que era la muerte, no podía admitir que me hubieran arrebatado a la persona que más amaba.

La vida y los años te hacen volverte duro para soportar esos momentos difíciles que todos, absolutamente todos, tenemos que atravesar algunas veces y como te habrás dado cuenta esto que cuento no es un cuento más, esto es la vida misma, esto es parte de lo que soy, una mezcla extraña de inmigrantes que priorizaban la familia y la libertad por sobre todas las cosas, a pesar que pocas fotos me hayan quedado de aquellos años bellos, a pesar que ahora a las torrijas en los restaurantes de moda les digan tostadas francesas.